



EDGARDO RODRÍGUEZ JULIÁ

ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

EN LA BÚSQUEDA DE LA SEMBLANZA¹

Resumen: En este breve ensayo, leído como presentación de su recién publicada novela, *Pandemónium*, Edgardo Rodríguez Juliá, autor de *La noche oscura del Niño Avilés*, nos habla de la azarosa historia editorial de estas novelas que, junto al *Camino de Yyaloide*, componen su trilogía *Crónica de Nueva Venecia*. Esta presentación narra cómo el autor, mediante la relectura de algunos pasajes de *Pandemónium*, publicada cuarenta y cuatro años después de escrita, fue descubriendo afinidades entre su escritura y la pintura de Rafael Trelles; cómo, mediante el arte de este gran artista puertorriqueño, también miembro de la Academia Puertorriqueña de la Lengua, fue adivinando, «figurándose», por así decirlo, la «semblanza» del Niño Avilés, esa posible enseña iconográfica que bien se cumple en la hermosa portada del libro.

Palabras clave: literatura puertorriqueña, novela, *La noche oscura del Niño Avilés*, *El camino de Yyaloide*, *Pandemónium*, Niño Avilés

Abstract: In this short essay, read as a presentation of his recently published novel, *Pandemónium*, Edgardo

¹ Texto leído por el autor en la presentación de *Pandemónium* celebrada el 15 de diciembre de 2022 en la Fundación Luis Muñoz Marín.

Rodríguez Juliá, author of *La noche oscura del Niño Avilés*, tells us about the eventful editorial history of these novels which, along with *Camino de Yyaloide*, make up his trilogy *Crónicas de Nueva Venecia*. This presentation narrates how the author, by re-reading of some passages of *Pandemónium*, published forty-four years after it was written, gradually discovered affinities between his writing and the paintings of Rafael Trelles; how, through the art of this great Puerto Rican artist, also a member of the Puerto Rican Academy of Language, he was guessing, «figuring himself out», so to speak, the «semblance»: of Niño Avilés, that possible iconographic banner that is well fulfilled on the beautiful book cover.

Keywords: Puerto Rican literature, novel, *La noche oscura del Niño Avilés*, *El camino de Yyaloide*, *Pandemónium*, Niño Avilés

Fecha de recepción: 16 de enero de 2023

Fecha de aceptación: 10 de febrero de 2023

I

LA PEREGRINACIÓN DEL NIÑO

En esta presentación de mi novela *Pandemónium*, terminada a los treinta y dos años y publicada cuarenta y cuatro años después, me asaltan las mismas dudas que tuvo Hostos respecto de su juvenil *La peregrinación de Bayoán*. Ya maduro, Hostos la rechazó, quizás algo incómodo con el romanticismo juvenil, teniendo reservas con el tono sentimental de su novela. Algo de eso siento con la propuesta de *Pandemónium*, novela tan inclinada a lo visionario y esperpéntico.

Pandemónium es la tercera entrega de mi ciclo de novelas que titulé *Crónica de Nueva Venecia*. Pudo haberse convertido en tetralogía si no hubiese sido porque destruí —quizás primera intuición de mi «grafomanía»— el manuscrito de una sección completa que narra el viaje del Niño Avilés libertino a La Habana. Esta novela que hoy entrego comienza con el accidentado regreso del Avilés luego de su periplo habanero.

La peregrinación de los otros tomos ha tenido, también, una trayectoria accidentada. Pude publicar la primera parte de la trilogía, titulada *La noche oscura del Niño Avilés*, con la entonces recién establecida Ediciones Huracán, pero sólo después de haber probado el éxito editorial con las crónicas de *El entierro de Cortijo* y *Las tribulaciones de Jonás*. De ahí el Niño y su noche oscura viajó a Francia, donde fue traducida al francés y publicada, con los buenos auspicios del escritor cubano Severo Sarduy y la profesora Carmen Vázquez, en Ediciones Belfond. La colega Marta Aponte luego la reeditó siendo directora de la Editorial Universitaria. Más adelante mereció una hermosa y bien cuidada reedición en una de las colecciones de la Biblioteca Ayacucho. Ha sido editada en Cuba por Casa las Américas.

La segunda parte, titulada *El camino de Yyaloide*, fue publicada por Grijalbo-Mondadori de Venezuela y muy pocos ejemplares llegaron a Puerto Rico. Esta novela de formación, un viaje del Avilés por los caños sanjuaneros, escrita a la manera del botánico y cronista André Pierre Ledrú, ha inspirado una ópera aún inconclusa por el amigo compositor puertorriqueño Alberto Rodríguez.

Y aquí les entrego este *Pandemónium*, publicado mediante los buenos oficios de Benjamín Torres Caballero, Beatriz Cruz, la editora Velia Rodríguez y el presidente de la Universidad de Puerto Rico, el doctor Luis Ferrao. Llegaré a *Pandemónium* leyéndoles cortos pasajes de la novela. Co-



mentada la hermosa portada de Rafael Trelles, el resto quedará de ustedes.

Estas tres novelas las completé en mi juventud. Se caracterizan por dar fe de mi escritura más noble, justamente por contener la generosidad de cierto idealismo literario. Si en su ya larga trayectoria mi *Crónica de Nueva Venecia* se ha tropezado con la ironía o la indiferencia, ya es tiempo de enmendarse con una lectura que será recompensada, espero —porque así ha sido a estas alturas de mi vida— con nada menos que el perfecto asombro.

II

EN LA BÚSQUEDA DE LA SEMBLANZA

Ya adentrándome en el cuerpo del delito, le agradezco a Benjamín Torres Caballero el haber rescatado este libro de la indiferencia general y mi negligencia particular. Su esfuerzo al haber transcrito ese denso y abigarrado manuscrito, paso previo a su publicación, es algo que le agradeceré siempre. Esperemos que la tradición literaria puertorriqueña haga otro tanto en lo que toca al reconocimiento de su esmerada labor. No es poco: rescató del olvido un manuscrito juvenil concluido hace cuarenta y cuatro años y de lectura difícil, un barroco visionario dificultado por una letra minúscula trazada en lápiz y en el compulsivo horror de dejar algo en blanco sobre la página.

Como ya les anticipé, esta noche voy a leer cortos pasajes de mi novela. Nunca me atreví a leer de la trilogía *Crónica de Nueva Venecia*. Quizás adviertan la extrañeza de los pasajes, como si esa lengua nuestra de cada día se hubiese añejado algo voluntariosamente. Es una lengua cuyos acentos y sintaxis incluye la familiaridad; por momentos reconocemos lo propio, hasta lo actual, y en otras instancias será como un viaje a un pasado figurado, casi totalmente imaginado.

La técnica que los franceses han llamado «pastiche», y que no es otra cosa que una parodia que se cuida de no volverse caricatura, tiene tradición literaria antillana, desde el uso de la antigua silva renacentista por Palés Matos en sus *Poemas a Filí Melé* hasta el barroco excéntrico de José Lezama Lima y José I. De Diego Padró, escritores que estuvieron, por su arcaísmo voluntarioso, en el trasfondo de mis esfuerzos literarios juveniles. El pastiche puede ser irreverente, pero quizás el más significativo que conozco ocurre

en las «Bachianas» brasileiras de Villalobos; es el homenaje musical a la forma imitada, quizás el descubrimiento de su irreductible arte. El pastiche que logró Guillermo Cabrera Infante en sus *Tres tristes tigres*, las parodias de algunos estilos venerados en la tradición literaria cubana –las maneras de Lezama Lima y Carpentier al componer la oración barroca fueron notorias por su afectación– resultó en un genial y juvenil *tour de force* desde la burla iconoclasta. Mi parodia, por contraste, es evocación de las Crónicas de Indias, la captura de su germinal eco en el tiempo.

Aquí y ahora comenzaré una ruta, la de alcanzar la semblanza, con la ayuda de pintores admirados, del Niño Avilés, fundador de esa Nueva Venecia musarañera que ocupa la segunda mitad del libro. La primera mitad está dedicada a la narración de la invasión de Puerto Rico por las fuerzas navales del almirante inglés Abercromby en 1797, una insólita narración bélica, subgénero casi inexistente en nuestra literatura puertorriqueña. Fue una novela que mi imaginación juvenil instaló entre la guerra histórica y la invisible utopía.

La búsqueda de la semblanza, de ese perfil en que fugazmente vemos el rostro del Niño Avilés, y su ciudad lacustre, comienza con este pasaje: nos narra el cronista Gracián:

Mientras tanto, Melodía consultaba la audiencia con el caudillo, y para sorpresa mía, éste no tardó en levantarse de la mano de naipes y venir hacia acá solícito. Vestía el ancho chambergo encintado de siempre, pantalón de lino con altas botas de ruedo y camisón abierto al pecho, figura rumbosa si no hubiese sido por la muleta que sostenía la mitad izquierda de su cuerpo. Ya se asomaban algunas canas en la melena, y su piel, aunque tostada por el inclemente sol del caño, mostrábase algo arrugada, prematuramente anciana en las ojeras y párpados. Sólo los ojos conservaban el mismo fulgor de antes, y ya muy

bien pude reconocer éste en su voz, todavía más angelical que cuando niño.

Más adelante voy reconociendo la posibilidad de que sea el artista Rafael Trelles quien ilustre a mi Niño Avilés en esa melancolía que lo asediaba de cara a su fracasada utopía. Nos narra una crónica de Melodía: «El Avilés colocó la muleta sobre el barandal y se recostó de mi hombro, echándome el brazo por encima de la nuca. Me miró de reojo, su voz apenada, aquellos ojos verdes y luminosos, muy tristes se mostraban, que casi se habían abandonado al dulce hondón de la mirada».

Se va insinuando la semblanza, el arte de Rafael Trelles, lo visionario de su obra, se me impone como posible figuración, soñada imagen. Esta vez nos narra, en tercera persona, un historiador mojigato:

Y así fue arrinconado el fundador de la utopía lacustre por aquel capitalismo primitivo. Fue convirtiéndose su presencia en parte del bizarro y pecaminoso espectáculo de Nueva Venecia. Pavoneó su ya precaria autoridad vestido con fastuosas casacas y chambergos emplumados, su mirada triste, aunque alucinada ya sumida en el reconocimiento de aquel reinado patético.

Así nos vamos acercando a la magnífica portada de la novela, obra cedida generosamente por Rafael Trelles, pero que ideó y compuso, muy milagrosamente, de manera paralela a mi escritura, que data del segundo lustro de los años setenta. Aquí el Avilés se va de embajada en una góndola criolla. Narra en primera persona de observador el cronista Melodía:

Lucía guirnaldas y banderolas que restallaban al viento, buena señal para que el Avilés se quitara su muy ga-

lano sombrero de penacho y cintas, que más vestía el Avilés para carnaval que para embajada donde trataría de conseguir socorro para su ciudad asediada. Habíase empolvado mucho el rostro —a pesar de mis protestas—, atreviéndose también a usar lunar debajo del ojo izquierdo, a la verdad que facha para dejar de amarlo. Habíase adornado el gznate con chalina de volantes, y encajes, extravagancia que acentuó con una piedra fantaseosa. Su casaca roja de ribetes y bordillos blancos, mal armonizaba con el sombrero de fieltro azul; pero a la verdad que el Avilés estaba para tronar con su presencia. Para colmar la copa, había adornado sus dedos con encendidas sortijas y pedrería de quincalleros, quizás para disimular las mangas cortas de la casaca y el frondoso y exuberante ruedo de las puñetas.

Ahora escucharemos al propio Avilés hablando sobre su Nueva Venecia. Es una voz irresoluta entre el delirio y una precisa visión panóptica de la ciudad. El fundador la mira desde arriba. Cuando escribí este pasaje estaba pensando en los ángeles ciegos de Alejandro Obregón, pintor que conocí y entrevisté en mi primera visita a Cartagena de Indias en 1976:

¡Y esa ciudad del islote de Cabras también será sitio de ángeles! Allí aprenderán estos espíritus libres el camino de una mayor libertad, pues con todo y no estar hundidos de hocico en este mundo, todavía permanecen bajo la mirada del rostro cruel. ¡Con todo y no estar plomados como los hombres y los diablos, bien merecen zafarse de ese fétido aliento que apesta sus alas hermosas, allegarse a libertad más ancha, pues la mirada del maligno limita tanta belleza! ¡Bien merecen los inocentes la gran tentación! Acudirán con altísimo revoloteo. ¡Esté pendiente, don José, que ya llegan! Y cuando vean acá abajo la ciudad perlada de las torrecillas, el recinto donde la

arquitectura también es arte de filigrana, descenderán solemnes, levantando ventisqueros, perfumando el aire, ¡convirtiendo las olas en universal rocío! ¡Y el espanto será nuestro, y el asombro de ellos! Husmearán las torrecillas; reirán como niños que han encontrado juguetes novedosos; atronarán el cielo algunos con sus enormes alas al reconocer la tentación, ¡así de serviles son estos alcahetes del Dios maligno! Para estos espíritus, que apenas conocen la curiosidad, tengo otras tentaciones.

Finalmente, vuelvo, hacia el final de la novela, a la semblanza que hiciera José Campeche del Niño Avilés. La mirada originaria del Niño de Campeche está aquí, en esta crónica de Melodía sobre la estadía del Avilés en el islote de Cabras, desenlace de la narración:

La voluntad ha sido ocupada por los rigores de la fortuna. Y cada vez que el maestrillo le promete finalizar pronto la construcción, desfallece aún más la tristeza en su mirada, como si la fundación de la nueva ciudad fuera el lento desvanecimiento del espíritu. Ahora se le cae la cabeza de un lado, por lo que hemos tenido necesidad de sostenérsela con un collarín de argamasa, invento del maestrillo. Tiene el rostro chupado en los carrillos, que a veces parece niño prematuramente anciano.

Es así como este libro también es la ilustración anhelada del Avilés, la búsqueda de su retrato, una imaginación en busca de una imagen, esa semblanza en la cual mi escritura ha coincidido con el arte, ejemplar, de Rafael Trelles, y justo ahí, en la hermosa portada.

Muchas gracias.

En San Juan, a 9 de noviembre de 2022